VERDESOL

Lucía Alamillo Contreras

Había una vez, entre montañas suaves y ríos cantores, una ciudad llamada VerdeSol.
No era una ciudad cualquiera. Allí, las casas no estaban hechas solo de ladrillos y cemento. Tenían techos verdes llenos de flores, arbustos, frutas y hasta pequeños árboles donde los pájaros cantaban cada mañana.

Las paredes estaban cubiertas de plantas trepadoras que bailaban con el viento, y las ventanas dejaban entrar la luz del sol con alegría.

En VerdeSol no había autos ruidosos ni humo en el aire. La gente se movía en bicicletas de colores, monopatines eléctricos, autobuses solares y carritos que funcionaban con energía del viento.
Y si caminabas por sus calles, no escucharías bocinas ni motores. Solo el canto de los pájaros, las risas de los niños y el suave tintineo de las campanas de las bicicletas.

La ciudad olía a flores, a tierra mojada y a pan recién horneado.
Y todo brillaba, porque el aire estaba limpio y el cielo, siempre azul, parecía más cercano.

Cada casa tenía paneles solares que capturaban los rayos del sol durante el día.
Por la noche, la energía se usaba para encender luces suaves como estrellas, cocinar y calentar el agua para los baños. Algunas casas también tenían molinos de viento que giraban tranquilos, produciendo energía con cada brisa.

En VerdeSol, las personas cuidaban del planeta como si fuera parte de su familia.
Los niños y niñas aprendían desde pequeños que la Tierra era su hogar, y que había que tratarla con cariño y respeto.

En cada escuela, los maestros enseñaban a sembrar, a cosechar, a reutilizar materiales y a cuidar el agua. Tenían huertos donde los niños cultivaban tomates, zanahorias, lechugas y flores de todos los colores. ¡Y todo sabía delicioso porque estaba hecho con amor!

En las calles, en los parques y hasta en los patios había cubos especiales para reciclar.
Los cubos hablaban y cantaban, y cada uno tenía una misión:

- El cubo azul decía con voz amable: “¡Papel y cartón para mí, por favor!”
- El verde murmuraba como el viento entre las hojas: “¡Yo me encargo del vidrio!”
- Y el amarillo daba pequeños saltos: “¡Yo quiero plástico limpio y seco!”

Y si alguien se equivocaba, los cubos no se enojaban. Solo decían:
—“¡Inténtalo de nuevo! Juntos aprendemos.”

Las personas compartían muchas cosas: herramientas, ropa que ya no usaban, juguetes, y sobre todo, tiempo.
En las plazas había ferias de trueque, juegos de cartón reciclado, títeres hechos con calcetines viejos y cuentos que pasaban de mano en mano, como tesoros.

En los techos de los edificios crecían frutas: manzanas, uvas, naranjas y hasta plátanos.
En los balcones florecían tomates, fresas, albahaca, y otras plantas que perfumaban todo el barrio.

Y lo más hermoso era que nadie se sentía solo.
Cuando alguien necesitaba ayuda, bastaba con levantar la mano, y siempre aparecía una sonrisa, una voz amable o unos brazos dispuestos.

Una tarde, una niña llamada Lila, de ojos curiosos y botas verdes, caminaba de la mano de su abuela por un sendero lleno de flores silvestres.

—Abuela —preguntó Lila—, ¿por qué nuestra ciudad es tan feliz?

La abuela sonrió mientras acariciaba una margarita.

—Porque aquí todos entienden que la Tierra no nos pertenece… —respondió con voz suave—. Nosotros pertenecemos a la Tierra, y cuando la cuidamos, ella nos cuida también.

Lila pensó en eso mientras tocaba las hojas de un árbol.
Y entonces, algo mágico sucedió.
El árbol se inclinó un poquito, y con su voz de viento, le susurró:

—Gracias por cuidarme, pequeña amiga.

Lila abrió mucho los ojos.
—¿Tú… hablas?

—Claro que sí —respondió el árbol, moviendo sus ramas—. Solo que hay que escuchar con el corazón.

Desde ese día, Lila decidió que quería contarle al mundo cómo era VerdeSol.
Quería que todos supieran que era posible tener una ciudad limpia, feliz y llena de vida.
Donde la gente no compite, coopera.
Donde no se tira la comida, se comparte.
Donde no se destruye la naturaleza, se protege.

Escribió cuentos, dibujó mapas, e incluso plantó semillas en otros pueblos, para que allí también crecieran jardines en los techos, bicicletas en las calles y niños con sonrisas verdes.

Y poco a poco, otras personas comenzaron a copiar las ideas de VerdeSol.
Algunas ciudades pusieron más árboles.
Otras cambiaron sus autos por buses eléctricos.
Algunas escuelas hicieron huertos, y otras empezaron a reciclar de verdad.

Colorín colorado, un mundo mejor había comenzado.